SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 31 DE JULIO DE 2005

Turismo 12

MONTEVIDEANAS

Un paseo por los distintos barrios de la capital uruguaya a través de su historia y su encantadora melancolía.

POR JULIAN VARSAVSKY



El jeep avanza por un senderito de tierra roja misionera que atraviesa las entrañas de la selva.

MISIONES *En 4x4 por el Parque Nacional Iguazú*

Safari en la selva

Crónica de una excursión en 4x4 muy ecológica por un sendero alternativo del Parque Nacional Iguazú que recorre un sector casi virgen de la selva misionera. Un área donde se ha preservado la naturaleza del contacto con las grandes multitudes que visitan las famosas cataratas ya que sólo se permite un grupo reducido de turistas por vez.

La excursión comienza frente al portal de visitantes del Parque Nacional Iguazú en un jeep Ika modelo 1954 de industria argentina, una verdadera reliquia automotriz descapotada que permite un contacto más directo con la naturaleza. El vehículo se aleja de las grandes multitudes que visitan las cataratas y sin salir del parque se desvía por un senderito de tierra roja misionera que parece abrirse como un boquete entre la vegetación para conducirnos hacia las entrañas salvajes de la selva.

Lo primero a tener en cuenta es que el sector que vamos a recorrer fue catalogado por la intendencia del Parque Nacional como un área reservada para un bajo impacto humano, es decir que el ingreso de turistas está limitado apenas a dos excursiones diarias, con una docena de personas cada una. No es un paseo para todo el mundo –asegura el guía–, ya que fue pensado para quienes no se conforman con llevarse solamente la hermosa postal de las cataratas sino que se interesan también en una mirada ecológica de la selva. Por otra parte, algunos sectores de este sendero llamado Yacaratiá están entre los mejor conservados de todo el parque, donde la selva se puede percibir en su más puro estado original.

MIRADA ECOLOGICA El angosto sendero Yacaratiá –donde apenas pasa el jeep rasguñado por algunas ramas– fue abierto en 1921 por quien era en ese entonces el propietario de las tierras que abarcan el actual Parque Nacional, un terrateniente de origen vasco que se dedicaba a la explotación de madera. Por fortuna estas tierras fueron compradas por el Estado nacional en 1928 cuando todavía quedaba mucho por depredar. Y por cuestiones burocráticas recién en 1934 se promulgó la ley que declaraba Parque Nacional a estos terrenos que circundan las famosas cataratas del Iguazú.

El jeep avanza sin apuro por una selva en galería que se cierra como un techo por encima del camino. Pero el traqueteo se hace sentir y las patinadas sobre los charcos rojizos sacan de vez en cuando al vehículo del sendero. Lo primero que el guía hace notar es la diferencia entre los sectores donde la selva es muy compacta y aquellos en donde hay claros evidentes porque el propietario hizo una tala selectiva de cedros, lapachos, inciensos y petiribíes, los árboles de mayor porte y valor maderable. En estos claros sin árboles se da un fenómeno muy singular, que es la proliferación de cañaverales de bambú de muy bajo porte, una especie que se reproduce con mucha rapidez invadiendo espacios tentadores que ofrecen una gran cantidad de luz. El problema ecológico de esta intervención humana es grave, ya que produce un corte en la continuidad de la selva, que se acentúa porque los bambúes crecen encima de los renovales de árboles de otras especies, ahogándolos hasta la muerte o limitando su crecimiento. Para que un sector de la selva talada recupere su variedad de especies autóctonas se necesitan más de 200 años.

Cualquier persona que visite la selva misionera seguramente verá en su vegetación un continuo de formas verdes que se repite sin decir nada. Por eso es importante la presencia de un guía que oriente la mirada hacia una visión ecológica del complejo mundo que se levanta frente a los ojos del desorientado viajero.

LUZ, MAS LUZ Uno de los tantos fenómenos invisibles para la mayoría de los visitantes del parque es la feroz competencia por la luz que se desarrolla descarnadamente en este superpoblado campo de batalla. En lo alto de un árbol descubrimos un cactus sin espinas –no las necesitan por la excesiva humedad–, que se apoya en el tronco sin perjudicarlo, simplemente para poder captar su cuota de luz. De lo contrario el cactus moriría en la sombra.

Más adelante el guía detiene la marcha para observar con atención un árbol ibirá pitá, uno de los grandes colosos de la selva que monopolizan por su altura el acceso a la luz. El ejemplar que tenemos enfrente mide 25 metros de alto y su tronco tiene un diámetro de un metro y medio. Pero aprovechándose de su privilegiada altura, numerosas especies se instalan a vivir entre las ramas de este anciano de 200 años, conformando verdaderos jardines colgantes. El actor principal de este espectáculo visual en lo alto es una especie de philodendron llamada localmente güembé, cuyas semillas son puestas en la copa de los árboles por el viento, las aves y ciertos mamíferos. Allí crecen sin parasitar al árbol, usándolo simplemente como soporte. Pero como necesitan alimentarse, sus raíces empiezan a bajar como cables que envuelven el tronco del árbol hasta llegar a la tierra.

El caso opuesto al del güembé –cuyas raíces bajan desde lo alto–, es el de las lianas. Estas crecen directamente en el suelo y se trepan a los árboles en busca de la luz. Su método podría decirse que es un atajo, ya que el árbol –que debe sostenerse por sí mismo– tarda 20 años en superar el dosel medio y llegar a la luz, mientras que una liana necesita apenas 6 o 7 años para llegar a la zona luminosa y desplegar sus hojas.

FLORA, FAUNA Y FOTOS
La excursión por la selva dura entre dos horas y dos horas y media, de acuerdo a los gustos y el interés del viajero. En varias oportunidades el jeep se detiene para que el turista pueda caminar sin apuro por algunos senderos muy estrechos. La idea es que cada cual pueda tomar con tiempo las fotos que desee y explore los aspectos que más le llamen la atención. En los senderos, el guía es capaz de reconocer las huellas de unos tapires que se acercan con frecuencia a remojarse en un bañado. Pero además su oído atento le permite percibir el canto de un pájaro frutero overo, y con vista de lince lo descubre en la copa de un ficus. Esta es una de las más de 400 especies de aves que habitan el parque.

DATOS UTILES

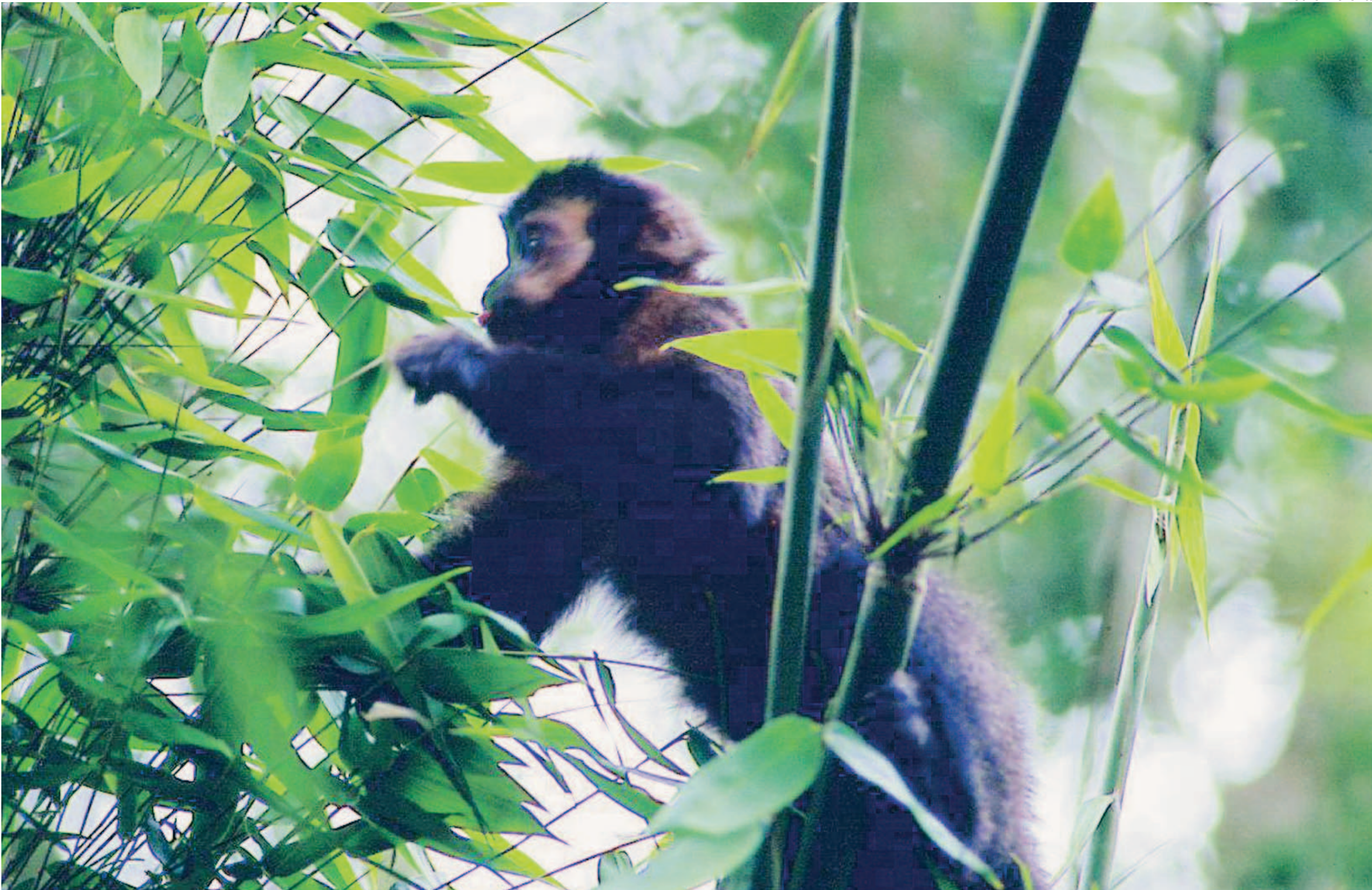
Excursión: La empresa Rainforest realiza la excursión en 4x4 por el Parque Nacional todos los días a las 10.30 de la mañana y a las 16 horas. El precio es de $ 60. Conviene reservar con anticipación ya que el acceso es limitado.
Tel: 03757-421632 424055
E-mail: *explorador.expediciones@rainforestevt.com.ar*

Más adelante nos cruzamos con un conjunto de helechos arborescentes cuyo nombre local es chachi, los únicos ejemplares de esta especie en todo el parque que un visitante puede ver, ya que no están en ningún otro sendero público. Esta especie es considerada un verdadero tesoro natural: fue el alimento de los dinosaurios herbívoros hace millones de años.

AVISTAJES EN LO PROFUNDO De nuevo sobre el jeep avanzamos en nuestro trayecto de 20 kilómetros por las profundidades de la selva, cuando de pronto nos invade la sensación de haber cambiado de dimensión. Nadie sabe explicarse bien por qué, pero es evidente que estamos en una selva distinta a la de hace un rato. Por suerte está el guía para aclararlo: en este sector el hombre casi no intervino para extraer madera y entonces todo se mantiene en el estado de equilibrio ideal, alcanzado a lo largo de millones de pacientes años. Vemos por lo tanto renovales de árboles jóvenes y también árboles gigantes que en su conjunto conforman una densidad difícil de penetrar. No proliferan en cambio los invasores bambúes, que están presentes sólo en su justa medida. A pocos pasos de los caminantes pasa corriendo un agutí, un roedor de gran porte que habita el estrato inferior de la selva. Más adelante el guía detecta las huellas fantasmales de un puma marcadas en el barro. Cuando nos detenemos un instante para guardar silencio, los sonidos producen la sensación de que nos rodea una fauna rampante muy cercana pero invisible, al acecho de los intrusos.

Cada paseo por la selva es una caja de sorpresas que no permite prever qué avistajes nos depara el azar. Entre las especies que se dejan ver están las mariposas amarillas llamadas limoneros, que se agrupan en los charcos de agua para absorber minerales del suelo; las muy vistosas mariposas morpho, cuyas alas extendidas de color azul metálico miden 10 centímetros de ancho; los coloridos tucanes y los ruidosos loros maitacas, así como los enormes lagartos overos que aparecen corriendo al costado del camino. Pero el actor estelar de este espectáculo natural es el monito capuchino. Muy cerca de la tranquera donde termina la excursión el guía observó unas hojitas cayendo justo sobre el camino. Y allí estaba una familia completa de monos capuchinos; padre, madre, dos hijos y un bebé acarreado a babucha. Los ejemplares jóvenes son los más curiosos y nos observan con la misma atención con que nosotros los miramos a ellos. Estos animales no tienen un lugar fijo para dormir, así que andan a la deriva por el dosel superior de la selva buscando frutos, huevos e insectos. En este caso su rumbo les imponía cruzar el sendero vehicular, y la estrecha línea sin árboles que traza el camino la salvaron sin bajar a tierra, con un simple saltito desde una frágil rama a la otra en el lado opuesto, justo encima de nuestras cabezas ✹

Pedro Moreira



El monito cai juguetea en uno de los tantos cañaverales de bambú.



El guía señala las huellas en el sendero de algunos de los animales que pueblan la selva.

Julián Alonso



Una pareja de jotes observa con recelo las cámaras fotográficas de los turistas.


La Plaza Independencia está asociada al inconfundible Palacio Salvo, uno de los símbolos de Montevideo.


El Río de la Plata le regaló a Montevideo unas playas que Buenos Aires mira con cierta envidia.

POR GRACIELA CUTULI

URUGUAY *Una visita a Montevideo*

El encanto de la nostalgia

Montevideo es la más cercana hermana de Buenos Aires y la capital más joven de América latina. Siempre teñida de nostálgico encanto, logra unir pasado y presente, playa y ciudad, con una armonía que constituye su principal atractivo turístico.

"Hay en América un pequeño país –el Uruguay– que todos aceptaríamos por patria, porque tiene no sé qué de la perfecta madre. Los mejores hombres de América, cuando miran hacia él, le encuentran cuanto menos una de sus líneas amadas: la libertad, o el sentido democrático, o la cultura. Si, en algún tiempo, hiciéramos una sola cosa del continente español, tal vez fuera la suya, la capital elegida por todos, sin celos ni vacilaciones." Quién sabe si algún día se cumplirán las palabras de Gabriela Mistral: mientras tanto, Montevideo se impuso casi con naturalidad como la capital del Mercosur, y está siempre en los primeros lugares de las ciudades con mejor calidad de vida de América latina. ¿De qué está hecho su encanto? Ni siquiera sus nativos saben explicarlo, pero propios y ajenos quedan prendados de la atmósfera tenue de las tardes en la Ciudad Vieja, de las ondulaciones descendentes del Río de la Plata y de su único cerro, ojo vigilante día y noche sobre sus perfiles sosegados. Rubén Darío la llamó "copa de plata,/ llena de encantos y de primores. / Flor de ciudades, ciudad de flores, /de cielos mágicos y tierra grata", mientras Juana de Ibarbourou reivindicaba "la dicha de ser propiedad de una ciudad y de sentirla mi piel, mi sueño chiquito, mi insomnio gigante, mi esperanza de polvo, mi montaña de acontecimientos". Mucho tiempo pasó desde entonces, pero Montevideo consiguió el raro prodigio de crecer sin cercenar sus raíces, de conservar su escala humana y sobre todo una identidad propia orgullosamente afirmada frente a su hermana y rival, Buenos Aires.

DE AMBAS ORILLAS Sin embargo, los orígenes de ambas ciudades las hacen aún más cercanas: Montevideo fue fundada, entre 1724 y 1730, por el gobernador de Buenos Aires, Don Bruno Mauricio de Zabala, apenas se entrevió la posibilidad de consolidar allí una plaza fuerte para la corona española, entre las persistentes dudas sobre la pertenencia del actual territorio uruguayo a España o Portugal. No pudo haber elegido mejor lugar: diseñada como típica ciudad colonial, con planta en damero protegida por murallas, Montevideo prosperó gracias a la riqueza agrícolo-ganadera de los campos circundantes y se convirtió con el tiempo en capital uruguaya (de paso, la más austral de América). Hay porteños que la miran un poco por arriba del hombro, pero en realidad es para disimular los celos porque el Río de la Plata le regaló a Montevideo unas playas que de este lado fueron ahogadas hasta casi desaparecer. Y en cuanto pueden, se hacen una escapada a la ciudad del cerro, que tiene el mejor puerto natural de la región, amplios espacios verdes, veredas, árboles, casas bajas y, sobre todo tiempo, mucho más tiempo.

El reloj no parece correr con el mismo ritmo en Montevideo, donde nunca falta un rato para entregarse a las verdaderas pasiones de la vida: el mate, el fútbol, el tango y también los libros. Porque de Montevideo es Mario Benedetti, y en Montevideo había nacido una muchachita con ansias de triunfar en París, una tal Maga que todavía camina por las páginas de una novela de Cortázar.

PASEOS POR LA CIUDAD VIEJA ¿Cómo conocer Montevideo? ¿Por dónde empezar una visita? Cada cual tiene sus rincones preferidos, y tal vez la mejor manera sea caminar y dejarse llevar un poco por esta ciudad discreta y habitable. Tienta empezar por la Ciudad Vieja, sobre la península rocosa que cierra la bahía montevideana, que creció en torno de la Plaza Matriz. Aquí se conservan interesantes edificios coloniales, aunque el tiempo le fue quitando el carácter residencial debido a la cercanía de los bancos, el puerto y el ferrocarril. Frente a la Plaza Matriz se encuentra la Catedral, curiosamente el primer edificio público construido en Montevideo, que con los años se hizo cada vez menos aficionada a las relaciones con la Iglesia. Enfrente, el antiguo Cabildo de fachada neoclásica parece haber sido pensado para sus funciones actuales, la de albergar el Museo y Archivo Histórico Municipal. La Ciudad Vieja, equivalente montevideano de la city porteña, consigue estar a dos aguas, por un lado como suspendida en el tiempo y por otro con el rápido ritmo de la actividad bancaria. En toda la zona hay antiguas casonas de interesantes fachadas, algunas convertidas en museos, bancos o dependencias públicas. Para hacer una pausa en los antiguos cafés conviene el horario comercial, ya que en esta zona no hay mayor actividad nocturna, lo mismo que los fines de semana. En la Ciudad Vieja se encuentra también la casita donde vivió Giuseppe Garibaldi durante su paso por Montevideo: hoy es un museo en homenaje al líder de la reunificación italiana.

Uno de los lugares imperdibles de este barrio de la capital es el Mercado del Puerto, sin duda el lugar que todo local recomendará en un abrir y cerrar de ojos para un buen almuerzo, a la usanza criolla o bien con platos internacionales. Al estilo de las estaciones de trenes europeas, con una estructura de hierro forjado, dice la leyenda que fue levantado con los materiales pensados para una estación ferroviaria sobre el Pacífico, hasta que un naufragio frente a las costas uruguayas hizo fracasar esos planes. La historia afirma, sin embargo, que el mercado fue proyectado como tal en Inglaterra, con nuevas técnicas de construcción innovadoras para la época. Hoy como ayer el ambiente del Mercado del Puerto es inconfundible, con sus abanicos de artesanos, pintores y músicos callejeros siempre circulando por los alrededores, en un despliegue de color y alegría que quedará en la memoria de todo viajero que llegue hasta sus cercanías.

LA CIUDAD NUEVA Esta parte de Montevideo empieza en la Plaza Independencia, donde antiguamente se encontraban las murallas que cercaban la ciudad. Como resto de aquellos tiempos hoy queda la Puerta de la Ciudadela, de la que se conservan la base y partes laterales y centrales. La Ciudadela en sí era un monumento compuesto por anchos muros de granito de seis metros de grosor, con cuatro baluartes en los ángulos y un foso exterior de 17 metros de ancho y 13 de profundidad. Duró hasta 1877, cuando fue demolida para la construcción de la plaza actual. La Plaza Independencia, dominada en el centro por la figura de Artigas, está asociada al inconfundible Palacio Salvo, uno de los símbolos de Montevideo. Este edificio de aires itálicos diseñado por Mario Palanti, que cuenta con una rica ornamentación (imposible no asociarlo con el porteño Palacio Barolo), fue durante mucho tiempo el edificio más alto de Sudamérica. Junto a la Plaza Independencia está también la antigua casa de gobierno, y en las cercanías también el clásico Teatro Solís, inspirado en el Carlo Fenice de Génova. Allí funcionan la Comedia Nacional y la Orquesta Sinfónica Nacional uruguaya: el interior italianizante y su interesante historia hacen que merezca una visita, si es durante un concierto mejor aún.

Desde la Plaza Independencia sale la Avenida 18 de Julio, *la* avenida de Montevideo. Escribe Mario Benedetti: "Uno tiene la impresión de que aquí todos nos conocemos. Caminar por 18 de Julio es como moverse en el patio de la casa familiar. Siempre aparece alguien que, desde la acera de enfrente, alza el brazo como una antena racional, como la comunicación de una presencia". Una parte importante del movimiento social y comercial de la ciudad circula por la 18 de Julio, repleta de tiendas, bares, librerías y hoteles. Yendo y viniendo, se pasará por el Museo del Gaucho y la Moneda, la Plaza de Cagancha (o Libertad), el Palacio Municipal y, más allá, el Monumento al Gaucho, uno de los muchos testimonios del gusto de Montevideo por las esculturas alusivas a las tradiciones uruguayas. Allí la avenida se bifurca, y mientras la 18 de Julio sigue y desemboca en el Parque Batlle y Ordóñez, el Bulevar España llega hasta la playa de Pocitos. Este lugar, donde antiguamente las negras lavanderas lavaban la ropa, se conoció como el "Biarritz oriental", y hoy sigue siendo uno de los barrios elegantes de la ciudad, con un sabor de *dolce vita* que lo hace inconfundible.Volviendo a la 18 de Julio, si es domingo será el momento de acercarse a la Feria Tristán Narvaja, desparramada a lo largo de varias cuadras de la calle del mismo nombre: auténtico cambalache de antigüedades, curiosidades y objetos entre raros e inservibles, es un placer para los coleccionistas y para cualquier turista que quiera internarse en los meandros del pasado y presente montevideano a través de sus objetos cotidianos. Para los conocedores, por supuesto, también hay auténticas joyas no al alcance de cualquier bolsillo. Siempre en la zona, en el cruce de la 18 de Julio con el Bulevar Artigas, Montevideo tiene su propio obelisco, inaugurado en 1938, y otro más de los rasgos que hermanan a la capital uruguaya con Buenos Aires. Si se sigue más allá, se llegará al parque José Batlle y Ordóñez, diseñado por Charles Thays, donde se levanta el Monumento a la Carreta (junto con el Monumento a la Diligencia del Parque Prado). El parque tiene además otro sitio histórico para todo hincha que se precie: el estadio Centenario, construido para el centenario de la independencia uruguaya, y donde Uruguay ganó la final del primer Campeonato Mundial de Fútbol.

Otro itinerario interesante para adentrarse en Montevideo lleva a recorrer la Avenida Agraciada, una diagonal que concentra edificios públicos y, en particular, el Palacio Legislativo, concebido por el italiano Vittorio Meano, autor también del proyecto del Congreso porteño. Además de monumentalismo y armonía, el Palacio Legislativo es conocido por sus hermosos vitrales, y merece una visita a los interiores del edificio. La Agraciada continúa luego hacia el Parque Prado, donde además del Monumento a la Carreta hay otro conjunto escultórico que homenajea a los Ultimos Charrúas. Es un triste recuerdo de los indígenas que fueron llevados a Europa en el siglo XIX, para exhibiciones y otros estudios, y que jamás volvieron a ver sus tierras natales. En este mismo sector de la ciudad se levanta el Museo Municipal de Bellas Artes Juan Manuel Blanes, que conserva obras de Blanes y también de Pedro Figari: el lugar también es sede de la Bienal de Montevideo. Cerca está el Museo Nacional de Antropología.

DESDE LA FORTALEZA Para el porteño, habitante de una ciudad tan poco afecta a conservar su pasado, uno de los lugares más atractivos de Montevideo no puede sino ser la Fortaleza del Cerro, ubicada en el Cerro de Montevideo. Sobre la falda este y norte del Cerro de Montevideo se levanta la Villa del Cerro, que antiguamente vivía de los saladeros y los frigoríficos exportadores de carne. Esto atrajo a los inmigrantes, que le dieron un particular carácter cosmopolita a todo el barrio. La Fortaleza fue construida en los primeros años del siglo XIX como consecuencia de las Invasiones Inglesas, para vigilar la Bahía de Montevideo. Los distintos salones de la fortaleza, convertida en Museo Militar, conservan armas antiguas y otros objetos: pero el lugar sobre todo permite divisar Montevideo desde la altura, extendiendo la vista sobre toda la ciudad en torno de la bahía, sobre la "copa de plata, llena de encantos y de primores" ✹


La Fortaleza fue construida en los primeros años del siglo XIX como consecuencia de las Invasiones Inglesas.

El mágico lago de Atitlán

Con los tres volcanes y los catorce pueblos de origen maya que lo rodean, el lago de Atitlán es el epicentro de una región de extraordinaria belleza en el centro-oeste de Guatemala. Desde la villa de Panajachel, un recorrido por un lugar centroamericano donde la afluencia de extranjeros no ha alterado las profundas raíces culturales de sus habitantes.



Las mujeres mayas visten con coloridas faldas, huipiles bordados y turbantes.

Después de recorrer unos 140 kilómetros desde Ciudad de Guatemala, la ruta deja atrás la planicie y empieza a ondularse cada vez más en su trepada por las laderas de los cerros. A medida que el vehículo sube, el calor baja unos grados y se siente la humedad de la intrincada vegetación que bordea el camino, encerrado entre las montañas. De pronto, pasando una curva, aparece el vértice casi perfecto de un volcán que prenuncia la meta del viaje: el gran lago de Atitlán. Al llegar a Solola, un pueblo del siglo XVI emplazado a 2000 metros sobre el nivel del mar, es imprescindible detener la marcha para admirar, desde los balcones naturales junto al camino, el bellísimo paisaje que se abre allá abajo: el inmenso lago, apenas velado por una suave bruma blanca que parece brotar del agua, rodeado por una cadena de verdes montañas. En la otra orilla, tres imponentes volcanes que asoman cumbres negras por encima de las nubes, como en un grabado nipón, cierran la escena: a la derecha, solo, el triángulo casi perfecto de San Pedro; a la izquierda, Tolimán y Atitlán.



Desde las verdes montañas que lo rodean, vista del lago de Atitlán y sus volcanes.

Desde allí arriba se pueden vislumbrar algunos de los poblados que circundan el lago de Atitlán, habitados por grupos cakchiqueles, tzutujiles y quichés –descendientes de los antiguos mayas y otras culturas prehispánicas– que llegaron a esta región guatemalteca en el siglo XIII. Más allá del tiempo y de la historia, cada una de estas comunidades ha conservado su propio idioma, sus costumbres y sus fiestas. Y han conservado también sus maravillosas vestimentas, así como los colores que predominan e identifican a cada grupo: el azul en Santa Catarina Palopó; el rojo en San Antonio Palopó; el blanco en Santiago Atitlán. Los catorce pueblos que bordean el lago siguen tejiendo y bordando en sus ropas las tonalidades, los pájaros, los peces, los animales, las flores y las plantas de la naturaleza que los cobija desde hace siglos.

COLECTIVOS A PANAJACHEL Una experiencia clave en Guatemala: viajar en los cientos de *schoolbuses* que usan los locales y que llegan a los lugares más remotos. Nadie, y menos el viajero argentino, se asombrará de que en los colectivos la gente viaje de pie. Si bien una ley lo prohíbe, siempre se cuenta con la complicidad de conductor y pasajeros. Por eso, al llegar a un cruce de rutas en donde acecha un auto de la policía, el conductor dará la voz de "¡Agáchenleee, agáchenleee..!", y todos los que van en el pasillo (incluido el viajero) obedecerán sin chistar, con algunas sonrisas de circunstancia. Como es habitual en América latina, la diferencia entre lo que realmente es y lo que la ley dice que debe ser deviene parte de la experiencia cotidiana y un saber necesario para sobrevivir.

A bordo de esos colectivos, algunos turistas arriban a Panajachel, una villa ubicada casi a los pies de


La luna llena refleja su luz sobre el lago de 18 km de largo por 13 de ancho.

Solola, que se fue convirtiendo en el centro turístico del lago y es el punto de partida para conocer a los otros pueblos. Entre sus calles empedradas o sus callecitas de tierra se entremezclan la lengua totzil con el español, el inglés, el italiano, el sueco o cualquier otro idioma de los turistas que llegan de los cinco continentes. Incluso muchos europeos y norteamericanos eligieron el lago de Atitlán para quedarse largas temporadas después de haber conocido casi todos los destinos posibles del planeta. Quien llega por primera vez a Panajachel no deja de sorprenderse ante la insólita convivencia de restaurantes hindúes y europeos, o parrillas sudamericanas, con los puestos callejeros donde cuelgan los tejidos artesanales y las tallas de madera de un arte milenario. “Gringotenengo” es el apodo que le dan los locales; significa en maya “lugar del gringo”, cosa que se ve a los cinco minutos de estar allí. Junto al puesto de tacos de cerdo brilla el letrero del CyberCafé.

Cuatro kilómetros al sur de Panajachel, por una senda en las laderas de las montañas, luego de pasar pequeñas parcelas en terrazas y cañadas de 300 metros de profundidad que dan al lago, se encuentra el pueblo cakchiquel de Santa Catarina Palopó. Las mujeres, expertas tejedoras, llevan unas de las ropas tradicionales más coloridas del altiplano: falda, huipil bordado y turbante, todo en distintos tonos de azul. A la lana natural han incorporado hilos metálicos plateados que centellean bajo la luz del sol. A diferencia de los habitantes de la cuenca del Atitlán que evitan el agua del lago, los hombres de Santa Catarina siguen pescando lovina negra y cangrejos, y tejen con juncos cestos y esteras que venden en el mercado.

EN LAS ORILLAS DEL LAGO

De Panajachel salen lanchas hacia otros pueblos sobre el lago, que debido a su situación más aislada conservan todavía cierta virginidad de costumbres y tradiciones o, al menos, mantienen el carácter adquirido tras la primera pérdida, hace unos siglos a manos de los conquistadores españoles. Las lanchas se cargan con hombres y mujeres indígenas que llevan sobre la cabeza enormes canastos con alimentos, o con telas multicolores que compraron o que no pudieron vender en los mercados de Sololá y de Chichicastenango. Hablan entre ellos en tzotzil y cakchiquel, dos de los veinticuatro dialectos del maya que, dicen algunos, suenan parecido al hebreo. En el altiplano, el español sólo se habla como lengua franca.

Una de las lanchas llega a San Pedro Atitlán, un pueblo pequeño sobre el lago, entre los cafetales y bajo la sombra del volcán San Pedro (3000 m). A sus pies, el agua del lago es azul y límpida, no muy fría. Quien pase una tarde en la playa tendrá la compañía de los habitantes de San Pedro, que también acuden a jugar y refrescar cuerpo y mente bajo el sol montañés. Las mujeres van al agua con sus pesadas blusas bordadas (huipil) y sus polleras negras (enredo); algunas, las osadas, se quitan la blusa y se quedan en enagua, pero no más; el maya es un pueblo pudoroso. Otras aprovechan las piedras de la costa para lavar la ropa, esa ropa tan pesada, gruesa y trabajada, y a veces tan antigua. Golpean y golpean la tela empapada contra la piedra. Es una labor de horas y paciencia; no más liviana que la de los hombres en los cafetales.

PRODIGIOSO ATARDECER

De vuelta a Panajachel, la magia de Atitlán envuelve a viajeros y pobladores, y acalla las estridencias turísticas que suelen brotar en centros de vacaciones. Sobre todo en la calma de las 6 de la tarde, cuando el sol comienza a descender hacia el Pacífico acompañado por un séquito de nubes grises y redondas que avanzan muy lentamente sobre los volcanes, oscureciendo el día y las montañas. Cuando sólo la luz sobresale del perfecto perfil del volcán San Pedro, las nubes parecen encenderse sobre la cumbre: es la imagen muda de una erupción, falsas lenguas de fuego que se apagan en un instante y surgen otras cada vez más rojas y después más violetas hasta que una línea de vivísima luz dibuja por última vez la cumbre truncada. Entonces, la noche se extiende sobre el lago y lo cubre de estrellas. Es el gran momento de Atitlán: en los muelles, la costa o los bares todo se detiene para admirar cada día el prodigioso atardecer ✹

Noticiero

Travesía 4x4 a Saltos de Moconá

Una propuesta para conocer los Saltos de Moconá en una travesía 4x4 del 13 al 15 de agosto, que incluye trekking, senderismo y navegación. El programa, que organiza La Lunita, es el siguiente: Día 1: Arribo a punto de encuentro en San Vicente, Misiones. Transporte en 4x4 hacia Moconá visitando en el camino El Soberbio, plantaciones de yerba, té, tabaco y esencias. Miradores naturales e ingreso a la Reserva de Biosfera Yabotí.
Día 2: Travesía en 4x4 hacia una comunidad guaraní. Se recorre la selva y se arriba a un asentamiento de la etnia Mbya-Guaraní. Día 3: Transporte en 4x4 hacia el Parque Provincial Moconá. Visita a miradores, senderos, guardaparques. Paseos en lancha y a pie a los Saltos del Moconá. El programa incluye todos los servicios, comidas y alojamiento en refugio en la selva. Más información:
Tel. 4328 5376/77
info@lalunita.com.ar
www.lalunita.com.ar

Sábados con gimnasia gratis

Todos los sábados hasta el mes de agosto inclusive se llevará a cabo en la sede de Le Parc Caballito, ubicada en el Club Italiano (Yerbal 150, Capital Federal), un programa gratuito de clases con las disciplinas Whirly Cicle, Ritmos latinos, Deport-Traning ‘75 y Power Pool, organizado por Laboratorios Temis Lostaló. Quienes deseen participar deben llamar a los teléfonos 4901-8200/2040 o ingresar en la página web *www.leparc.com*